



la calle de la judería



*Toti
Martínez
de Lezea*



Toti Martínez de Lezea presenta en su primera novela, *La calle de la judería*, la vida de una familia judeo-conversa en la Vitoria del siglo XV. Una historia de amores, odios y venganzas; una historia humana simplemente basada en hechos y personajes reales que una vez hollaron las calles del Casco Viejo de Vitoria.

«He querido dar una visión de lo que fue o pudo ser la vida de los personajes de esta historia. Era muy importante para mí mostrar esta cara oculta de nuestro pasado y contribuir, en cierta manera, a la tolerancia, al mejor entendimiento de una parte de nuestra historia, tal vez pequeña, o tal vez poco importante, pero que ahí está».

Prólogo

s emocionante pensar que un trabajo en el que se ha puesto tanta ilusión y tiempo ha merecido atención por parte de una editorial, en este caso Ttartalo Argitaletxea, pero es aún más emocionante compartir con los posibles lectores el recuerdo de unas gentes de las que la memoria colectiva ha perdido el recuerdo.

Me gustaría dejar bien claro, ante todo, que éste no es un libro de historia. Hay muchos y buenos eruditos que saben del tema mucho más que yo y cuyos trabajos he utilizado para llevar a cabo el mío. Esta es una novela de amores, odios, y venganzas, una historia humana simplemente basada, eso sí en hechos y personajes reales que una vez hollaron las calles del Casco Viejo de Vitoria.

Nacida en Vitoria y de familia vitoriana siempre me llamó la atención el nombre de *Judimendi*, lugar al que íbamos a pasar las tardes del verano. Mi padre me explicó que aquello significaba «monte de los judíos», así llamado por ser el antiguo cementerio de los judíos de Vitoria. Sin embargo, no supe mucho más acerca de ellos. Ninguna referencia en libros de texto, ningún otro recuerdo que el propio *Judimendi* y alguna mención a la «antigua judería», refiriéndose a la calle Nueva Dentro, la calle más extrema de las tres que conformaban la ciudad a la izquierda de la Iglesia de San Vicente.

Sin embargo, los judíos estuvieron asentados en el País Vasco durante varios siglos. En Navarra primero, a partir del siglo X, después un poco por todas partes, aunque su presencia fuera más numerosa en Álava que en *Bizkaia* y *Gipu-*

zkoa. En estas dos últimas provincias se toleraba su presencia por familias o pequeños grupos, siempre que no se constituyesen aljamas, es decir, comunidades con entidad jurídica. Única excepción fue Balmaseda, en la que existía una aljama numerosa e importante que llegó a tener una gran influencia por sus logros comerciales y culturales. No obstante, fueron expulsados de allí en el año 1486, es decir nueve años antes de que los Reyes Católicos decretaran la expulsión de todos los judíos que no aceptaran el bautismo. Fueron muchos los que se marcharon, pero fueron más los que se quedaron, es decir, los que prefirieron bautizarse y renegar de su fe, —lo que conllevó renegar de su pasado, sus costumbres, sus modos de vida— antes que partir hacia lo desconocido y exilarse de una tierra que consideraban la suya. Muchos de los que ignoran su presencia en el País Vasco se asombrarían de saber que entre sus antepasados hay algunos de aquellos judíos que prefirieron quedarse.

Existe la idea de que los judíos eran mayoritariamente prestamistas, pero eso no es cierto. Entre ellos había todo tipo de personas, desde humildes campesinos, hasta grandes potentados, pasando por todas las capas de una sociedad: comerciantes, artesanos, maestros, físicos, zapateros, ricos, pobres, viudas y huérfanos. Ni la ley judía ni la cristiana permitían a sus creyentes prestarse dinero entre sí, por lo tanto los judíos prestaban a los cristianos y los cristianos hacían otro tanto a los judíos, pero siendo éstos mucho menos numerosos, también solicitarían menos préstamos que sus vecinos. Y en cuanto a la usura, ningún prestamista podía prestar con un interés mayor al señalado por la ley.

También existe la idea de que no había relaciones entre unos y otros y esto tampoco es cierto. En el País Vasco, a excepción de algunos conatos furiosos que tuvieron lugar en Navarra en el siglo XIV —tan furiosos como que la judería de Tudela llegó a desaparecer— y de la expulsión de Balmaseda, cristianos y judíos mantuvieron unas relaciones aceptables, exentas de la crispación y violencia que tuvie-

ron lugar en algunas ciudades de Castilla, Extremadura o Andalucía.

El hecho de que el Casco Viejo de Vitoria se haya conservado en tan buen estado, de que aún queden en pie hermosas casas y bellos palacios de la época y, especialmente, la Casa del Cordón, hizo mi trabajo mucho más atractivo. No tenía más que recorrer sus calles para imaginar la existencia en él de las dos comunidades. Fue fácil «ver» y «oír» a David y a su familia, al bonachón de Mendoza, al malvado Escoriaza, a María de Gaona y a su hijo «el rico». Fue magnífico sumergirse en el siglo XV y caminar por la Judería, la Cuchillería, la plaza de la Leña y el Campiello, dar vida a los personajes reales y crear a los ficticios. Escuchar los ruidos de la calle y ser parte de una época dura y muchas veces cruel, pero que conforma uno de los eslabones de nuestro presente.

He querido dar una visión de lo que fue o pudo ser la vida de los personajes de esta historia obviando, a propósito, los otros conflictos políticos y sociales que sacudían la ciudad en aquellos momentos. Era muy importante para mí mostrar esta cara oculta de nuestro pasado y contribuir, en cierta manera, a la tolerancia, al mejor entendimiento de una parte de nuestra historia, tal vez pequeña, tal vez poco importante, pero que ahí está.

Sólo me resta agradecer a todos aquellos que han apoyado mi proyecto y que han sido muchos: a los que me han leído y animado, a los entusiastas, a los críticos, a los que han aportado ideas o materiales, a todos ellos que han hecho posible que La calle de la Judería haya visto la luz.

Toti Martínez de Lezea

Vocabulario

Hebreo:

ALJAMA: Institución que agrupa a los judíos de un lugar en los reinos hispano-medievales.

BAR MISVÁ: Ceremonia de iniciación religiosa de los muchachos a los trece años.

BET-DIN: Tribunal que juzga según la ley judía.

GAON: Título honorífico dado a Rabinos eminentes en Babilonia y Egipto.

GALUT: Diáspora, exilio.

GOLEM: Cuerpo sin vida.

HANUKA: Festividad en la que se conmemora la purificación del Templo tras la victoria de los macabeos sobre los seléucidas.

HEREM: Excomuniación, anatema de la comunidad judía.

LE-JÁYIM! «¡Por las vidas!», brindis hebreo.

MAGUEN DAVID: Estrella de seis puntas formada por dos triángulos equiláteros superpuestos en sentido opuesto.

MALSÍN: El judío que denuncia a otro judío ante un tribunal no hebreo.

MESUMAD: Renegado. Judío convertido por su propia voluntad a otra religión.

MEZUZA: Estuche colocado en la jamba de la puerta y que contiene dos pasajes del Deuteronomio.

MIQVÉ: Estanque de agua para la purificación ritual.

MOHEL: Encargado de realizar la circuncisión.

MUCDAMIN: Jefe civil de la aljama.

NASSI: Título dado a Rabinos eminentes en la Edad Media.

QADDISH: Oración escrita en arameo que se recita al final de las oraciones de la mañana, de la noche y en los funerales.

SEFARAD: Denominación hebrea de la Península Ibérica.

SHOFAR: Cuerno que se toca en ciertas festividades religiosas.

SUKKOT: Fiesta de los Tabernáculos, conmemora la travesía de los israelitas por el desierto.

TALIT: Manto de ceremonia que llevan los hombres en la sinagoga.

MES DE TAMUZ: Julio.

TALMUD-TORÁ: Escuela religiosa.

TEFIL-LIM o Filacterias: Estuches que contienen cuatro pasajes de la *Torá*. Se colocan en el brazo izquierdo y en la frente por medio de unas correas.

TISRI: Primer mes del año civil judío (entre septiembre y octubre)

TORÁ: Pentateuco, libro en el que está escrito el código mosaico y la doctrina del judaísmo revelados en el Sinaí.

YESHIVA: Escuela de estudios rabínicos.

YOM KIPPUR: Expiación. Fiesta en la que los judíos expían todos los pecados cometidos durante el año. Es

la más importante del judaísmo.

Euskera:

JUDENCALE: Calle de los judíos.

ADISKIDE MAITEA: Querido amigo.

BIGARRENA: Segunda.

GIZONTXU: Hombrecillo.

ILKORRAK: La seta que mata (*Amanita Phalloides*).

IZEKO: Tiíta.

LOBEDARRA: Adormidera (*Papaver somniferun*).

MAKILA: Bastón vasco con punta de metal afilada en el extremo. A veces también esconde un pequeño estoque.

POPANDIA: Culo grande (En este caso: la culona).

TXARRIBODA: Matanza del cerdo en el País Vasco.

Árabe:

ALARIFE: Arquitecto, constructor.

ALMEMAR: Púlpito.

ALMOJARIFE: Tesorero.

SURA: Versículo del Corán.

Castellano:

MARRANO: Judeoconverso, judaizante

Primera parte



Invierno de 1404

El hombre caminaba deprisa mirando con recelo a derecha e izquierda. Era ya muy entrada la noche y el toque de queda se había escuchado una hora antes. Su sombra reflejada en los muros de las casas parecía perseguirle como un fantasma. Era joven, pero unos cuantos cabellos blancos habían empezado a asomar en sus sienes y en su barba. Alto y delgado, de facciones armoniosas, vestía un jubón de terciopelo verde musgo y calzas a juego que unas altas botas de montar tapaban hasta medio muslo. Portaba una capa amplia y oscura y la cabeza cubierta por un sombrero ancho rodeado de una larga bufanda envuelta alrededor de su cuello. Podía apreciarse por su aspecto e incluso por sus andares que era hombre de posición holgada.

Había dejado su caballo y su equipaje en las caballerizas del Camino de Navarra, a las puertas de la muralla. No quería llamar la atención. El ruido de los cascos sobre el empedrado haría asomarse a más de un vecino curioso y era mejor pasar totalmente desapercibido.

En su rostro se reflejó el alivio al penetrar por el Portal y contemplar un cartel iluminado por la parpadeante luz de un candil en el que podía leerse «Calle de la Judería». Amenoró la marcha y hasta se entretuvo un instante para colocar bien la bufanda y sacudir el polvo de su traje. Unos pasos más adelante se detuvo delante de una hermosa casa de dos plantas, rodeada por un pequeño muro, y tras posar su mano sobre el *mezuzá* de la jamba, llamó a la puerta. No tuvo que esperar demasiado. Breves instantes después una mujer de mediana edad abrió la puerta. El recelo que mos-

traba su rostro se tornó en amplia sonrisa al reconocer al visitante y unas lágrimas aparecieron en sus ojos.

—¡Yehudá!

—*Shalom* Ruma, la paz sea contigo.

—Y contigo... —respondió la mujer.

Se abrazaron durante largo rato sin decir nada. Después, la mujer se hizo a un lado para permitirle la entrada.

—¿Está David en casa? —preguntó Yehudá al tiempo que se quitaba capa y sombrero y se los tendía a Ruma.

—¿Dónde iba a estar a estas horas? —respondió ella cogiendo las prendas.

—Ocupándose de uno de sus innumerables enfermos...

—¡Ni el mismo rey podría hoy sacarlo de casa! Sarai está en plena labor...

—¿Ya? —la sorpresa y la preocupación se reflejaron en el rostro de Yehudá—. ¿No debía nacer el mes que viene?

—Y así era —respondió la mujer— pero se ha adelantado y... —añadió bajando la voz— parece ser que hay complicaciones... Sarai nunca ha sido demasiado fuerte...

En silencio penetraron en la cocina e instintivamente el hombre se acercó al hogar en el que alegremente ardían un montón de leños. Se frotó las manos, entumecidas por el frío, y se quedó pensativo. Ruma se aprestó a calentar un poco de caldo.

Un niño de unos tres años dormía profundamente en una pequeña cama al lado de la chimenea. Se inclinó sobre él y le pasó la mano por el cabello revuelto y sudoroso. El niño se movió inquieto pero no abrió los ojos.

—Este tiene que ser... —dijo.

—Nuestro sobrino Jonás —Ruma acabó la frase acercándose con una sonrisa y le tendió un tazón de caldo que su hermano apuró de un trago.

—Es hermoso —dijo reconfortado por el calor del caldo en su estómago.

—Sí que lo es. Se parece a su madre. Tiene los ojos azules y es un niño listo y cariñoso. La alegría de la casa —con-

cluyó con orgullo casi maternal.

Miró a su hermana con ternura. El tiempo no pasaba en balde. También a ella se le apreciaban cabellos blancos en la que había sido una de las cabelleras más admiradas de la *kahala*. Llevaba el cabello recogido en un moño, la cara despejada. Había engordado un poco adquiriendo la silueta de una matrona, pero los años no habían hecho menguar una vitalidad que la mantenía siempre activa. Era unos años mayor que él pero siempre habían estado muy unidos. Todavía recordaba la fiesta de su boda y podía ver su rostro iluminado de felicidad al lado de su esposo Eleazar. Nada presagiaba entonces que años más tarde, iban ya para trece, Eleazar muriera en el asalto a la comunidad de Toledo. Dios dispuso que se encontrara en aquella ciudad por motivo de negocios en el momento en que hordas de cristianos furiosos entraron a saco en la judería y mataron a cientos de los suyos. El recuerdo de la terrible matanza todavía le ponía los pelos de punta. Según les relataron a David y a él cuando fueron a ocuparse de las pertenencias de su cuñado y a colocar una lápida sobre su tumba, los cristianos habían asaltado la judería animados por las arengas de un tal Fernán Martínez que predicaba la destrucción de las sinagogas y su conversión en iglesias. Entraron por sus calles armados de machetes y palos, mataron a todo aquel que encontraron en el camino ya fuera hombre, mujer o niño, y saquearon casas y comercios. Su cuñado Eleazar murió junto a muchos otros que trataban de defender la sinagoga.

Ruma nunca se repuso de aquel golpe. Pasado el año de luto, sus hermanos le instaron a contraer un nuevo matrimonio con alguno de los pretendientes que la solicitaban, pero nada logró convencerla. Volvió a la casa de sus padres y se ocupó de ellos. Cuando David se casó con Sarai, ella siguió encargándose de los quehaceres caseros y ayudó a su nueva hermana que carecía de su salud y energía. Su pequeño sobrino Jonás era para ella el hijo que nunca tendría.

—Voy a decirle a David que estás aquí.

—No lo hagas —le rogó su hermano— deja que primero se ocupe de Sarai. Tiempo tendremos para hablar...

—No te preocupes —insistió Ruma—. Todavía va para largo. Su madre y hermana están arriba y David ha de comer algo. No ha probado bocado en todo el día.

Salió de la cocina y Yehudá le oyó subir las escaleras. Echó una mirada en derredor y se sintió reconfortado. Llevaba ya cuatro años lejos de Vitoria.

—Desde que David y Sarai se casaron... —recordó.

¿Cuál fue la verdadera razón de su marcha? ¿La intención de ampliar sus estudios como inicialmente dijo? Eso era en parte cierto. Había aprendido todo lo que un Rabino debía saber pero sentía la imperiosa necesidad de continuar estudiando. ¡Había tantas preguntas sin respuesta!

—Las respuestas están en tu corazón —le había dicho su maestro, don Abraham—. No busques en los libros lo que puedes encontrar muy dentro de ti. Pregúntate y tendrás la respuesta que buscas.

No obstante, y a pesar de sus esfuerzos, el ayuno y la oración, no la había encontrado y decidió ir a Toledo. Las cosas habían cambiado en aquella ciudad. Ya no era el centro de la sabiduría, la tolerancia y la filosofía de las que tanta gala había hecho en años precedentes pero, aun así, seguía siendo el lugar al que todo estudioso debía acudir si quería ampliar sus conocimientos. La pujanza económica, el refinamiento artístico, la prestigiosa biblioteca con miles de volúmenes y manuscritos griegos, latinos, árabes y hebreos y muchos otros aspectos de la intelectualidad y las finanzas seguían presentes en las calles de Toledo y en ellas confluían las mentes más prestigiosas y dotadas de la comunidad judeo-hispánica.

¿O fue tal vez la boda de su hermano con la dulce Sarai lo que le impelió a abandonar la ciudad que le vio nacer? No era secreto de nadie que, desde que eran unos mozalbetes, los dos hermanos Sahadia habían estado enamora-

dos de la misma muchacha. La familia de Sarai eligió a David, entre otras razones, por ser el mayor; aunque el hecho de que fuera médico de méritos incipientes y prometedores y heredero de la casa de sus padres, también tuviera algo que ver en la elección.

Suspiró y también lo hizo el niño dormido al lado del fuego.

—Parece que lees mi pensamiento pequeño Jonás... —sonrió—. La vida da muchas vueltas y tiempo tendrás para comprobarlo.

Dirigió la mirada hacia la puerta al oír ruido de pasos bajando la escalera. David entró como una tromba y sin decir nada le abrazó con tal ímpetu que a punto estuvieron los dos de rodar por el suelo.

—¡Yehudá! ¡Por fin! —exclamó y volvió a abrazar a su hermano con fuerza.

—No has cambiado nada, David... ¡Sigues teniendo la fuerza de dos mulas de tiro! —rió y contempló a su hermano mayor.

David era tan alto como él, o incluso un poco más. A pesar del parecido, tenía marcada en el rostro una determinación que a él mismo le faltaba. Su mirada era franca, leal, directa. Debajo de sus espesas cejas brillaban unos ojos oscuros y cálidos. Tenía el cabello largo y ondulado de color castaño, al igual que la barba y —Yehudá sintió una pizca de envidia— no se le veía ni una sola cana. Llevaba una larga túnica blanca bordada con hilos de oro que le cubría los pies.

—«Igual que Moisés...» —pensó admirado.

—¿Por qué no has avisado de tu venida? ¿Por qué nos has tenido tanto tiempo sin noticias tuyas? ¿Ha ocurrido algo en Toledo? ¿Has vuelto para quedarte?

Yehudá reía sin responder ante la avalancha de preguntas y Ruma sonrió complacida viendo a sus dos hermanos reunidos. Tan parecidos y, sin embargo, tan diferentes.

—¿Cómo está Sarai? —preguntó el más joven.

David entornó los ojos y amagó el golpe.

—Mal —fue su lacónica respuesta.

—¿Qué ocurre? —insistió Yehudá.

—Es estrecha, muy estrecha —respondió David—. Ya tuvo problemas cuando nació Jonás y su cuerpo debilitado no ha podido reponerse desde entonces... Insistió tanto en darme otro hijo... —hablaba para sí, reprochándose la debilidad de haber accedido a sus deseos—. No debí permitirlo. Sabía que había riesgos y no debí permitirlo...

Permanecieron en silencio. David apretaba la boca con fuerza para evitar que se le escapara un grito de dolor e impotencia.

—Eres el mejor de los físicos, hermano —prosiguió Yehudá con su calma habitual—. Si algo puede hacerse, estoy seguro de que lo harás. No te atormentes antes de lo debido.

—Será lo que Señor decida que sea —interrumpió Ruma dirigiéndose a David—, pero has de comer algo antes de enfrentarte a la tarea. En nada ayuda estar falto de energía y no has comido nada desde hace más de un día. ¡Sentaos!

El tono imperioso de Ruma hizo sonreír a los dos hombres que obedecieron y tomaron asiento. Su hermana les sirvió una espesa sopa de verduras y carne acompañada de pan recién hecho y de una jarra de buen vino. Después de comprobar que los dos hombres daban cuenta de sus respectivas raciones y que lo hacían con ganas, Ruma también se sentó dispuesta a tomar parte en la conversación.

—Como antes... —pensó.

El tiempo había vuelto atrás. Allí estaban los tres, como solían estar al anochecer de cada día, disfrutando de sus guisos, comentando los acontecimientos de la jornada y las últimas noticias... Como cuando David aún no se había casado... Como cuando Yehudá aún estaba en casa...

—Vuelvo a preguntarte, hermano —dijo David—. ¿Cuáles son tus planes? ¿Has decidido sentar la cabeza? El *Rabí*